àngeles. Yo soy el exterminador, que en otro tiempo hirió de muerte á todos los primogénitos de las márgenes del Nilo... ¡Mira al rededor de tí! ¡reconoce la Gehenna y su horroroso valle de Benhinon! ¡Sigue, sígueme más adelante á las negras entrañas del abismo!...»

Dice, y precipita el alma del fariseo en los profundos Infiernos.

CANTO XIV.

Jesús se aparece á las santas mujeres y á Simon Pedro, que refieren esta aparicion á los demás fieles. — Dudas de Tomás. — Jesús se muestra á Mateo y á Cleofás. — Tomás vuelve á los Sepulcros, y ora: un resucitado, á quien toma por un forastero, habla con él. — Mateo y Cleofás vuelven á la morada de Juan, y refieren lo que han visto á sus amigos reunidos. — Lebbeo duda todavía de la resurreccion de su maestro. — Jesús se aparece en fin á la reunion de los fieles.

Todavía están los fieles reunidos en la modesta morada de Juan, y nada hasta ahora ha podido aliviar el dolor que los aflige. Las santas mujeres, que se disponen á llevar aromas al sepulcro de Cristo, mezclan sus lágrimas con las preciosas esencias que preparan con tierna solicitud. Semejantes á las prudentes compañeras de la desposada que alimentaron cuidadosamente sus lámparas, á fin de estar dispuestas á la primera señal de la llegada del esposo, las piadosas amigas del Mediador velan con impaciente y atenta solicitud. La misma impaciencia no les permite esperar los primeros albores del dia: es de noche aun, y ya se disponen á partir.

La madre de Jesús, demasiado débil para seguirlas, las bendice sollozando.

Gabriel está sentado en la piedra bajo la cual reposaban los restos mortales del Hombre-Dios: el divino Elohá y el noble Abdiel están en pié cerca de él. En medio de la oscu-

ridad que pesa aun sobre el mundo, sus ojos inmortales descubren á las amigas del Mesías, que acaban de llegar al pié del Gólgota, y Gabriel dice á los dos serafines:

—«Velemos nuestro esplendor, revistamos formas humanas, y preparémoslas por grados á las apariciones celestiales.»

Magdalena se aproxima delante de todas al sepulcro que creia encontrar cerrado con una piedra enorme, aunque en su exaltacion esperaba que Dios le daria fuerzas para levantar esta piedra.

Viendo abierto el sepulcro, retrocede huyendo con asombro.

Las otras mujeres continúan sin embargo avanzando, porque acaban de ver un jóven, brillante y bello como un resplandor matutino, y graciosamente envuelto en una vestidura larga y diáfana de una blancura deslumbradora.

El jóven les dirige la palabra, y su voz dulce y sonora acaba de ganar su confianza.

«No temais, les dice. Sé que buscais á Jesús: no está ya en este lúgubre lugar..... ha resucitado. Recordad que él mismo os lo habia predicho. Acercaos; venid á visitar la bóveda en que ha dormido el sueño de la muerte.»

Así diciendo, las guia á la entrada del sepulcro, y añade con voz solemne:

—«Id ahora y decid á Céphas (1) lo que habeis visto y oido.

Abdiel y el divino Elohá, más resplandecientes que Gabriel, aparecen de pronto, y repiten á las santas mujeres que Jesús ha resucitado, y que va á volver á Galilea, donde

(1) Céphas, palabra hebrea, quiere decir—*Piedra.*—Véase el *Evangelio segun S. Juan, cap. I.*

les habló tantas veces de su muerte próxima, y de su resurreccion después de tres dias de reposo en el sepulcro.

Llevados de la necesidad de hacer el último homenaje á los restos de su amado maestro, Juan y Simon Pedro han dejado la reunion de los fieles; y á poca distancia del Gólgota, encuentran á Magdalena.

Esta les dice que el sepulcro está abierto, y sigue con ellos el camino del Gólgota, que se divide en dos al pié de una colina.

La vista de los ángeles ha penetrado á las santas mujeres de una alegría celestial, que anhelan comunicar á sus amigas. Para volver á la vivienda de Juan, toman á la izquierda de la colina, mientras Magdalena y los dos discípulos suben por la derecha.

Así los peregrinos de Salem (1), cuyas almas fueron creadas para comunicarse en esta vida, recorren sin verse sus áridos caminos, y no se encuentran reunidos sino en Salem, donde se admiran de no haber podido encontrarse antes.

Juan llega primero al sepulcro. A vista del sudario extendido en tierra, se siente poseido de respeto y de dolor. Con el pecho oprimido y las rodillas trémulas, Pedro le alcanza muy luego bajo la bóveda sepulcral, y contempla el perfumado sudario que envolvia el cuerpo de Jesús. Más allá encuentran el lienzo con que habian envuelto la cabeza del divino Muerto, y que una mano hábil habia plegado con particular cuidado.

(1) Klopstock designa muchas veces á Jerusalem con el nombre de Salem. Bajo este concepto participa de la opinion de los sabios, que pretenden que la ciudad de Salem de que Melchisedech era rey y gran sacerdote en tiempo de Abraham, es la misma que fué conocida más tarde bajo el nombre de Jerusalem, como se ha dicho en una de las notas anteriores.

Los dos discípulos avanzan con paso tímido, y acaban de convencerse de que la relacion de Magdalena ha sido fiel. Pero no habiendo leido nunca los profetas, que tantos siglos antes del nacimiento del Mesías habian predicho su resurreccion, se alejan tristes y pensativos.

—«¡Ah! exclama Juan, los sacerdotes no lo creian sin duda seguro en este sepulcro sellado, y le han quitado el sudario para contemplar sus llagas, cuya vista halaga sus sanguinarios ódios.»

Magdalena queda sola en el sepulcro; una profunda tristeza la consume. De repente cree que una ilusion la engaña; y enjugando sus ojos lacrimosos, pasea la vista en torno de sí. Algunos ángeles aparecen en el fondo del sepulcro; pero ella apenas los ve, pues solo Jesús ocupa su pensamiento; á la manera que la gacela sedienta no ve el dulce brillo de la estrella de la tarde, ni menos siente la embalsamada brisa que reanima la naturaleza, porque no ha encontrado todavía la fuente que únicamente puede extinguir su sed.

Uno de los ángeles se adelanta hácia Magdalena y le dice:

—«Mujer, ¿por qué lloras?»

—«¡Ah! contesta Magdalena: me han arrebatado al que adora mi alma, y no sé dónde, en su ódio insaciable, lo han escondido.»

Dice, y se dirige á la salida del sepulcro.

Un desconocido que hay en ella le dirige estas palabras:

—«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas aquí?»

Pareciéndole aquel hombre un hortelano encargado por los sacerdotes de ocultar el cuerpo de Jesús á los piadosos homenajes de sus fieles amigos, Magdalena quiere suplicarle que le indique el lugar en que ha enterrado aquellos preciosos restos; pero los sollozos ahogan su voz.

De este modo, el justo, en el momento en que el Cielo va á abrirse para él, siente que su alma se aflige bajo el peso de las emociones terrenales. Postrado en su lecho de dolor, implora en vano la misericordia de Cristo; las últimas pruebas de la vida son tan crueles, que el Dios de amor desaparece del pensamiento del moribundo: no ve más que un juez terrible; pero una lágrima más, un suspiro más hacen que las inefables delicias de la victoria sucedan á las angustias de la lucha.

Con una voz más dulce que la de los ángeles cuando cantan la bondad infinita del Cordero inmolado y el triunfo de los Cielos, el desconocido pronuncia el nombre de Magdalena, y Magdalena reconoce, en fin, la voz del Señor.

Sobrecogida de temor y de alegría, prostérnase en tierra la piadosa mujer, alza su frente pálida y fria, abraza los piés del Mesías, suspira, llora y se esfuerza por expresar lo que siente; pero sus lábios trémulos no pueden articular más que esta palabra: *¡Rabboni* (1)!

El Salvador deja caer sobre ella una mirada de amor divino, y dice:

—«No me toques. Aun no me he elevado á mi Padre, y permaneceré algun tiempo entre vosotros. Vé á buscar á los fieles, y diles que se acerca la hora de mi gloria; la

(1) En todas las apariciones de Cristo á las santas mujeres, á los discípulos y á los fieles, Klopstock se conforma escrupulosamente con los Evangelios. La palabra *Rabboni*, que, segun el *Evangelio de S. Juan, cap. XX*, fué la única que Magdalena pudo pronunciar al reconocer á Jesús, á quien habia tomado por un hortelano, quiere decir *maestro*, *señor*. La lengua hebrea tiene tres palabras que expresan el mismo concepto, á saber: *rab*, *rabbi* y *rabboni*. *Rab* era un título de honor entre los doctores de Caldea; *rabbi* se daba especialmente á los doctores israelitas de la Palestina, y *rabboni* no se daba sino á los sábios ó doctores oriundos de la sangre de David. Esta última palabra ha venido á componer la de *rabino*, título que llevan aun los sacerdotes judíos.

hora en que iré á reunirme con mi Padre y el vuestro, mi Dios y vuestro Dios.»

Y desapareciendo á los ojos de Magdalena, va á aparecerse á las santas mujeres que acaban de dejar el Gólgota. El fresco embalsamado del naciente dia ha reanimado sus fuerzas; los primeros rayos del Sol, ese brillante testigo de la bondad de Dios, las alumbra, y todas reconocen al vencedor de la muerte, se prosternan ante él y abrazan sus rodillas.

—«No temais. Id y decid á vuestros hermanos que me habeis visto. Que vayan á Galilea, donde me volvereis á ver.»

Dice, y desaparece:

Simon Pedro ha ido á reunirse con los fieles, cuyo dolor se aumenta con la narracion de su visita al sepulcro.

Muy luego las santas mujeres, con los ojos chispeantes de alegría, llegan corriendo unas detrás de otras.

La madre de los Zebedeos, que las precede, exclama con el acento del júbilo y de la verdad:

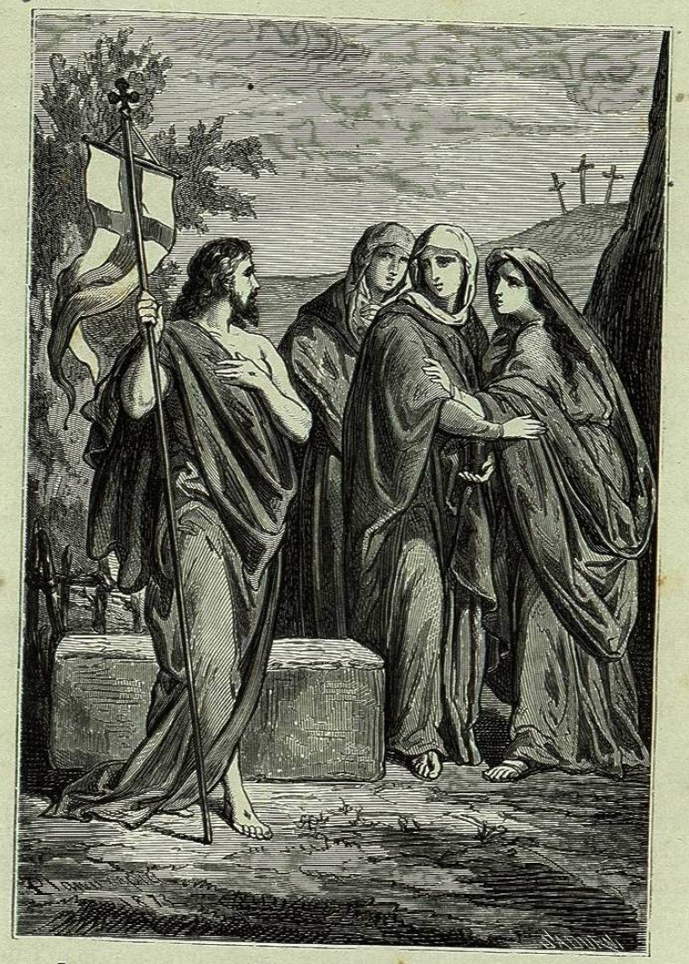
—«Escuchadnos los que llorais, escuchadnos. ¡Vive! Antes de aparecérsenos, nos ha enviado ángeles. Sí, hemos visto un ángel sentado cerca del sepulcro; después entró en él; y con él habia otros dos ángeles... Y nos dijeron... Salomé, ¿te acuerdas tú de sus palabras? Estaba yo muy turbada para poder entenderlos...»

Tomás, que la ha escuchado con una muda sorpresa, la mira con expresion de duda, y dice:

—«¡Estabas muy turbada para poder entenderlos! Tambien lo estarias para verlos bien.»

La madre de los Zebedeos contesta:

—«¡Por qué vienes á afligirnos con tu incredulidad, cuando la alegría turba aun nuestros pensamientos? El



Jesus se aparece á las santas mujeres. (Canto XIV.)

resucitado nos ha dicho: Tranquilizaos; y tú, su discípulo, nos espantas de nuevo.»

—«No es esa mi intencion, piadosas amigas mias. Pero permitidme que procure convencerme interrogándoos sobre lo que habeis visto. ¿Bajo qué forma se os ha aparecido el ángel que estaba sentado á la entrada del sepulcro?»

—«Asemejábase á un bello adolescente; su mirada era resplandeciente como un relámpago, y su vestidura blanca y brillante como la nieve.»

—«¡Era Gabriel!» exclama la madre de Jesús.

Tomás menea la cabeza.

—«Los soldados romanos, dice, guardaban todas las avenidas del Gólgota. Iluminada por los primeros rayos del Sol, la armadura romana parece blanca como la nieve, y vosotras estábais tan turbadas, que esta circunstancia natural ha bastado para haceros creer que veíais ángeles.»

—«Era de noche aun cuando nos acercamos al sepulcro, dice Salomé; y el adolescente que hemos visto no llevaba armadura ninguna, sino que estaba envuelto en espléndidas nubes.»

La madre de Jesús ruega á sus amigas que repitan las palabras que el ángel les habia dirigido.

Y la madre de los Zebedeos dice:

—«No temais, nos ha dicho. Sé que buscais á Jesús; no está ya en este lúgubre lugar: ha resucitado. Recordad que os lo habia predicho. Acercaos, venid á visitar la bóveda en que ha dormido el sueño de la muerte... Id ahora y decid á Céphas lo que habeis visto y oido.»

—«¿Ha pronunciado mi nombre? exclama Simon Pedro. ¡Un ángel ha pronunciado el nombre de un pecador! ¡Ah! ¡qué consuelo traerian á mi alma esas palabras, si no temiera que hubiéseis sido engañadas por una ilusion! En

efecto, si un habitante del Cielo se os hubiera aparecido, ¿se habria olvidado de hablaros de María, de Juan?...»

Tomás pregunta á las santas mujeres, si el ángel no les ha dirigido más palabras que las que acaban de repetir.

—«Ha añadido, contesta una de ellas, que nuestro divino Maestro iria á Galilea, y que allí le veriamos todos. Llenas de alegría, hemos tomado el camino de Jerusalem, y el mismo Jesús se nos ha aparecido. Nada habia cambiado en él; y sin embargo, su expresion era sobrehumana, celestial. Así sin duda hubieron de verle Pedro y Juan en la cumbre del Tabor (1). Nosotras nos posternamos á sus piés, y él nos dijo: No temais. Id y decid á vuestros hermanos que me habeis visto. Que vayan á Galilea, donde me vereis todos.»

La frente de Tomás se frunce; su mirada sombría y escrutadora se fija en el suelo, y su pensamiento se deja arrastrar por el torrente de la duda.

—«No ha llegado aun el momento, les dice, de haceros conocer los motivos que me impiden dar fe á vuestra narracion; os los explicaré cuando no esteis ya bajo el influjo de las ilusiones que fascinan vuestro espíritu.»

Los fieles le miran en silencio y con Tierna compasion.

En este momento llega Magdalena, pudiendo apenas sostenerse. Su frente está pálida, su semblante alterado, sus lábios trémulos.

—«¡Ha resucitado» éxclama.

Y su vista se vela. Juan la sostiene, porque vacila, y Lebbeo le dice con acento de inquietud:

(1) Poco tiempo antes de su muerte, Jesús condujo á Simon Pedro, á Santiago y á Juan al monte Tabor, donde se les apareció de repente radiante de luz entre Moisés y Elías. — *Evangelio de S. Mateo, cap. XVII.* Esta circunstancia hizo dar al Tabor el nombre de monte de la *Transfiguracion.*

—«¡Oh! habla, Magdalena, habla. ¿Tú tambien has visto ángeles?»

Magdalena contesta:

—«¡Yo le he visto á él mismo!»

Los fieles levantan los ojos y las manos al Cielo con piadoso agradecimiento.

Sólo Tomás permanece tranquilo y pensativo.

—«¡Ah! dice al fin: espíritus fascinados hasta el punto de creer en la aparicion de los ángeles, pueden muy bien llevar el delirio hasta imaginarse que el mismo Jesús se les ha aparecido.»

—«Querido Didimo, contesta Magdalena: ¿qué te hemos hecho, qué te ha hecho nuestro divino Maestro, para que así dudes de nosotras y aun de él? Mis ojos le han visto, y han derramado á sus piés lágrimas de alegría.»

—«¿Brillaba como los habitantes del Cielo? interrumpe Santiago con viveza. ¿Estaba resplandeciente?»

—«No, hermano mio: su exterior era aun el de un simple mortal; pero la bondad y la misericordia divina animaban su semblante.»

Simon Pedro duda tambien aun, y pregunta tímidamente á Magdalena, si Jesús se ha dignado hablarle.

—«Sí, contesta Magdalena. Con aquella voz dulce y divina que nos penetró de respeto y admiracion, cuando desde lo alto de la cruz exclamó: *Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen;* con aquella misma voz de amor y misericordia ha pronunciado mi nombre. Yo me creí transportada al Cielo, y mis trémulos lábios sólo pudieron articular la palabra *Rabboni.* Mis brazos enlazaron sus rodillas, y entonces el Señor me dijo: «No me toques. Todavía no me he elevado á mi Padre, y permaneceré algun tiempo entre vosotros. Ve á buscar á los fieles, y diles que se acerca la

hora de mi gloria; la hora en que iré á reunirme con mi Padre y el vuestro, mi Dios y vuestro Dios.»

María se levanta haciendo un penoso esfuerzo. Sostenida por sus amigas, se acerca á Magdalena; fija en ella sus húmedos ojos, le tiende la mano con una expresion indecible de amor y confianza, y le dice:

—«¡Tú has visto y oido al divino resucitado!... ¿Puedo yo llamarle aun hijo mio? Oh sí, añade mirando á los fieles con inquietud y modestia: vuestros ojos me dicen que podré siempre darle este nombre tan caro á mi corazon. Acaba, Magdalena: ¿has visto sus llagas?»

Calla, y sin abandonar la mano de la santa mujer, desvia la cabeza para ocultarle sus lágrimas; pero Magdalena las adivina.

—«Madre bienaventurada, le dice, no llores así: tu hijo ha salido triunfante del sepulcro. Yo no he visto sus llagas, porque en el delirio de mi alegría solo he mirado su rostro más dulce que el alba.»

—«Sí, tú le has visto; sí, tú has hallado gracia delante de él,» dice María.

Dichosa, pero pensativa, vuelve á su sitio.

Tomás pregunta á Magdalena si ha visto tambien ángeles.

—«Sí, pero apenas los he observado. El dolor habia velado mis ojos, y no he reconocido á Jesús, sino cuando él mismo pronunció mi nombre: al principio me pareció un hortelano.»

—«Tus compañeras dicen que llevaba aun su vestidura ordinaria. El hortelano ¿estaba, pues, vestido como Jesús tenia la costumbre de estarlo? ¿Cuántos ángeles has visto?

—«Dos.»

—«Tus compañeras no vieron al principio más que uno, y después otros dos en el sepulcro.»

Magdalena deja vagar su mirada por la reunion de los fieles, y dice:

—«Madre amada del divino resucitado, y vosotros sus discípulos, cerrad vuestro corazon á la duda cruel que tortura al desgraciado Dídimo..... Más tarde contestaré á tus preguntas, añade volviéndose á Tomás: ahora no quiero que turbes mi felicidad.»

Y asiendo el brazo de María, sale con ella de la estancia.

Muy luego parte tambien Simon Pedro. Presa de la incertidumbre, quiere al principio huir á los desiertos de la Arabia; pero toma el camino de Galilea, donde Jesús ha prometido mostrarse á todos los suyos: después se detiene, y sigue un sendero que le conduce á la falda del Gólgota.

En pié cerca de la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, escucha el dulce murmullo de la Tierra que se despierta, y su oprimido pecho respira agradablemente los suaves perfumes que, durante las primeras horas del dia, exhalan al aire las plantas y las flores. Sus ojos sin embargo permanecen sombríos, hundiendo la mirada en el fondo del sepulcro abierto y vacío.

—«¡Ah! exclama; no es sino una amarga verdad: se ha consumado la más negra venganza que jamás inspiró el Infierno. En vano José de Arimathea imploró la piedad del Pretor: nuestros sacerdotes han privado de sepultura á los restos de Jesús; porque, ¿cómo he de creer que ha resucitado?... Exaltadas por su mismo despecho, nuestras piadosas amigas han creido verle... Si efectivamente le hubieran visto, ¿habrian podido sobrevivir á esta felicidad?..... La cruz está aun en pié, dando testimonio de su muerte, y la Tierra y el Cielo han oido este horrible testimonio. Murió;